

Días de invierno

KAJII MOTOJIRŌ

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
YOKO OGIHARA Y FERNANDO CORDOBÉS



Una tarde

—Las vistas desde aquí, arj, arj —carraspeó—, son excepcionales, ¿verdad? —dijo el anciano en un tono animado al pasar junto a Takashi—. Un mirador magnífico.

Llevaba un paraguas en una mano, un abanico y una toalla en la otra. Era completamente calvo, y con el sombrero de paja con el que se protegía parecía como si en realidad se hubiera puesto un tapón en la cabeza. Se había dirigido a él sin darse la vuelta, mientras seguía admirando la vista. Después se sentó en un banco pegado a la pared de piedra por cuyas grietas brotaban florecillas. Parecía cansado.

La llanura verde se extendía ocho kilómetros desde el pueblo y más allá resplandecía el azul intenso de la bahía de I.¹ Los cumulonimbos en el cielo producían una impresión extraña, plantados como estaban en el horizonte.

—Ah, sí, tiene razón.

Se quedó un tanto perplejo al escuchar su propia voz. Apenas la reconocía. Resonó por un tiempo en su garganta y en sus oídos y sintió como si no coincidiera con su Yo de ese momento. La simpatía que sentía hacia ese anciano despreocupado aún se le notaba en las mejillas y, una vez más, notó la seducción tan peculiar que despertaba en él aquel paisaje tranquilo. Soplaba una brisa ligera.

¹ El autor parece referirse a la bahía de Ise, pues escribió el borrador de esta obra en agosto de 1924 en la ciudad de Matsusaka, en la prefectura de Mie, cuando fue a visitar a su hermana.

Llevado por la emoción propia de su juventud, Takashi se marchó de casa antes del quincuagésimo séptimo día² del fallecimiento de su hermana menor, muerta en la flor de la vida. Decidió ir a casa de su hermana mayor, quien vivía en esa región.

Estaba distraído y creyó escuchar el llanto de su hermana fallecida, hasta caer en la cuenta de que se trataba de otra niña.

«¿Quién llora? ¿Cómo puede llorar así con el calor que hace?», se preguntaba Takashi lastrado por un estado de ánimo confuso.

Más que en el momento preciso de la muerte de su hermana, más incluso que el día de la cremación, era estar en un lugar desconocido como ese lo que le hacía sentir de verdad su pérdida.

«Los insectos suelen reunirse en gran número alrededor de uno moribundo para mostrarle su tristeza, para llorar por él», le escribió un amigo suyo con motivo de una experiencia tan dolorosa como fue la muerte de su hermana. Al fin, pasado un poco de tiempo, empezaba a sentir como si hubiera logrado traspasar un fino velo tras el cual había ocultado su sufrimiento. Ahora disponía de tiempo para pensar en ello, para acostumbrarse poco a poco a ese lugar y para disfrutar de una inesperada calma, algo que raras veces le sucedía.

Acostumbrado a vivir en la ciudad y sin tiempo durante los últimos días para tomarse siquiera un descanso, se cuidó aún más si cabe de mantener esa inesperada calma. Incluso al caminar por la calle trataba de no fatigarse, de no herirse con las plantas, por ejemplo, de no pillarse un dedo con la puerta. Para

² Se refiere al periodo de tiempo tras la muerte de una persona que transcurre hasta la celebración del rito budista de difuntos.

él cosas insignificantes como aquella tenían su influencia en la felicidad del día. Casi era una superstición. Era un verano caluroso, pero llovía a menudo y en la piel empezaba a notar un aroma otoñal.

La tranquilidad de espíritu y la promesa del otoño no le dejaban margen para la lectura ni para fantasear con sus cosas. El ardor que consumía en silencio su corazón hasta ese momento se aplacaba con la contemplación de la hierba, de los bichos, las nubes y el paisaje. Era lo único que le merecía la pena en ese momento.

«Cerca de casa están las ruinas del castillo y me parece un lugar magnífico para que Takashi pueda pasear y distraerse», le había escrito por carta su hermana a su madre. La noche siguiente a su llegada, Takashi subió allí por primera vez con ella, con su cuñado y con la hija de ambos. En los campos de arroz el calor excesivo había provocado una plaga de insectos y trataban de acabar con ella con antorchas. Subieron al castillo para contemplar el espectáculo, pues solo iba a durar unos días más. Desde allí la llanura se extendía hasta donde se perdía la vista, sumergida bajo un mar de fuegos centelleantes como estrellas, como un gran río discurriendo entre tenues luces. Takashi no pudo contener las lágrimas de emoción ante una visión tan fuera de lo común. El viento estaba en calma, y todo el pueblo había subido a tomar el fresco y a disfrutar del espectáculo. En la oscuridad, Takashi intuía los ojos maquillados de las chicas brillando con miradas divertidas.

El cielo estaba tan despejado que casi producía tristeza. A sus pies tenía los tejados del pueblo, la escuela primaria con las

paredes pintadas de blanco, el edificio del banco construido con paredes de barro más propias de un granero, el gran tejado de un templo, y entre las casas, exuberantes plantas que producían la misma impresión que esa viruta con la que se protegen los dulces occidentales dentro de sus cajas. Detrás de una casa vio hojas caídas de musácea. También un ciprés enrollándose sobre sí mismo como una espiral, las copas de los pinos podadas como algodones superpuestos. Todo ello formaba una hermosa capa color verde, salteada de hojas muertas y nuevas.

También vio un buzón rojo en la lejanía. Colgado del alero de un tejado, un cartel con cierto anuncio sobre carritos de bebé. A través de una abertura, alcanzó a ver unas telas rojas secándose al sol de poniente.

De noche, grupos de jóvenes en bicicleta se dirigían al barrio del placer, cuya avenida principal estaba bien iluminada. Los empleados de las tiendas se paseaban con sus *yukata*³ y bromeaban con las chicas maquilladas, con un comportamiento muy distinto al que tenían durante las horas de trabajo. De ese paisaje apenas distinguía ahora tejados oscuros, y solo veía con claridad el teatro adornado con numerosas banderolas.

Cerca de allí había un *ryokan*⁴ con todas las ventanas de la primera y la segunda planta orientadas al oeste protegidas por toldos. De alguna parte llegaba el clac, clac de los golpes de un martillo contra un objeto de madera. No era un sonido muy fuerte, pero sí resonaba en el pueblo entero.

Las cigarras cantaban sin descanso. «Parece como si conjugaran verbos irregulares», pensaba Takashi. Prestó atención y le

3 Quimono de verano.

4 Hotel tradicional japonés.

resultó divertido. «Chuku, chuku, chuku», cantaba una, a la que seguía otra con un «ooshi, chuku chuku» y así vuelta a empezar. Poco después cambiaban a un «chuku, chuku, ooshi», para volver al «ooshi, chuku, chuku». Cerca del final de su canto entonaban un «suttoko chiiyo, suttoko chiiyo», para terminar con un «jiiii». Después se intercambiaban los papeles para terminar todas juntas de nuevo con un largo «jiii». Parecían mostrar una predilección por los tercetos, cuartetos, quintetos y hasta por los sextetos.

Unos días antes había escuchado a otro tipo de cigarra cantando en las ramas de un cerezo en las ruinas del castillo, más o menos a medio metro de distancia de donde estaba sentado. La observó sorprendido sin dejar de preguntarse cómo era posible que un bicho tan pequeño, tan frágil, con esas alas finas como pompas de jabón fuera capaz de emitir ese sonido. Lo único en el insecto que guardaba relación con el ruido era el movimiento de su tripa, la cola que se dilataba y contraía. En esa parte de su anatomía tenía vello, unas articulaciones moviéndose con la precisión de un motor. Takashi recordaba bien el movimiento: una inflamación descendía desde la tripa hasta la cola. Dilataciones y contracciones que evidenciaban un cuerpo pleno de energía. Al observarla, sintió de pronto que también las cigarras eran seres dignos de respeto.

De cuando en cuando aparecía gente por las ruinas del castillo, como aquel anciano, para deleitarse en la contemplación del paisaje. Takashi le veía allí a menudo. A veces dormía la siesta, a veces contemplaba el mar a lo lejos o le daba conversación a una niñera.

Un niño con un cazamariposas correteaba de acá para allá. Otro se quedaba a cargo de la cesta donde guardaban sus presas

y se paraba de vez en cuando para comprobar que todo seguía en orden en el interior, antes de echarse a correr de nuevo detrás de su amigo. No hablaban entre ellos y eso divertía a Takashi. Le parecía asistir a una representación teatral.

Un poco más lejos, un grupo de niñas se dedicaba a atrapar saltamontes por las patas traseras. Canturreaban: «Negui-san, machaca el arroz...» —no recordaba cómo continuaba su canción—. Negui-san debía referirse a los sacerdotes sintoístas, según dedujo. Debía ser un término dialectal y, bien visto, el saltamontes, con su cara de bonachón rematada por dos antenas, se asemejaba a un sacerdote con su tocado en la cabeza. Las dos patas traseras, haciendo extraños movimientos para tratar de liberarse, recordaban a alguien machacando arroz en un mortero.

Los saltamontes trataban de escapar de ellas a grandes zancadas, extendían las alas y el sol golpeaba sobre ellas. Las niñas se abrían paso entre las hierbas tras ellos a grandes zancadas.

Algunas chimeneas expulsaban humo y un poco más allá se extendían los campos. El paisaje le recordaba a los bosquejos de Rembrandt: árboles negros, casas de labriegos, calles angostas y chimeneas de ladrillo entre campos de un verde intenso.

Un tren pequeño se acercaba desde el mar. La brisa marina arrastraba el humo por delante de él, en la misma dirección a la que se dirigía. Miraba fijamente y terminaba por tener la impresión de que el humo no era real. El tren terminaba por parecerle de juguete, con una nube suspendida encima.

De pronto se nubló y la tonalidad del paisaje cambió por completo en apenas un segundo. Takashi se fijó en una ensenada formando una diagonal tierra adentro y, más allá, una playa. Le gustaba contemplar esa ensenada desde las ruinas del

castillo. Había allí árboles muy frondosos para estar tan cerca de la costa, los tejados de unas cuantas casas y barcos amarrados en la ensenada. Nada más. Nada destacable, sin duda y, a pesar de todo, esa visión le atraía por alguna razón misteriosa.

«Hay algo. Algo de verdad», decía. Pero al pronunciar la frase las palabras se vaciaban. Era un anhelo. Un anhelo de no sabía qué ni del que conociera su razón de ser. Si alguien le sugería algo quizá habría estado de acuerdo, pero como no se daba el caso se conformaba con lo que veía.

Personas de todo tipo y condición habitaban allí, todos con vidas muy distintas, y ahí parecía residir la clave del asunto, por mucho que al pensarlo le pareciese un cuento de hadas. Quizá le atraía tanto porque creía haber visto esa escena en un cuadro extranjero, aunque no recordaba cuál. Quizá uno de John Constable,⁵ pero no, no era ese.

Entonces, ¿qué? La vista panorámica resulta de una gran belleza, pero la visión de la ensenada lo sobrepasaba todo. Solo allí existía una especie de elegancia. Eso creía él.

En los días de cielo despejado como los de otoño, el mar reflejaba un azul profundo, más cálido que el del cielo. Si pasaban nubes blancas, el mar se teñía de blanco. Ese día los cumulonimbos se extendían en el horizonte con el color de la mondadura de un pomelo chino, y el mar los reflejaba hasta muy cerca de la ensenada que seguía en calma, como si abrigase un gran enigma.

La contemplación del paisaje le dio ganas de ponerse a gemir tristemente, como si fuera un animal. Se sintió extraño, sofocado.

⁵ John Constable (1776-1837), pintor inglés pionero del paisaje moderno. Tuvo una gran influencia tanto en la pintura inglesa como en la francesa.